

El 26 de junio de 1975 falleció en Roma Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei y Gran Canciller de la Universidad de Navarra. Era un gran amante de la verdad, a la que servía con entrega incansable y gozosa libertad.

Amor, verdad, libertad, alegría, servicio—decidido, sin reservas egotistas— son palabras graves; sin embargo, para muchos su significado es impreciso y su comprobación dudosa. No logran conjuntarlas porque les desconcierta ese enigma, tan polifacético e inescrutable, de la vida humana que es el sufrimiento. Para reunir las, para que se comuniquen en una síntesis sin fisuras, es preciso justamente no querer esquivar el dolor, sino acogerlo, descifrarlo hasta el punto de bendecirlo y glorificarlo. El dolor descifrado es Cristo en la Cruz. En el Fundador del Opus Dei se daba la radiante energía que Jesucristo, el Buen Pastor, el Redentor, el Señor, procura a sus hombres.

Y es que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Para empezar a enterarse de lo que ello entraña es conveniente leer el comentario de Tomás de Aquino al primer capítulo del Evangelio de San Juan. Pero, ¿y si uno se encuentra con alguien que a través de la fe. fir-

me y largamente ahondada, ha llegado a ver en Dios al Amor, y en los demás —en cualquiera— concretamente al prójimo? Era Monseñor Escrivá de Balaguer de trato cordial, sincero, familiar, oportuno. Su buen humor alentaba, desvanecía la tonta inclinación a ahogarse en un vaso de agua. Sabía respetar, interesarse siempre, subrayar lo bueno, disculpar, animar. No ponía fronteras a su comprensión. Para él todos contaban, eran importantes: no cosas, ni tipos, ni números, sino personas a las que hay que querer tal como son y a las que cabe exigir, porque son capaces de andar hacia arriba, de luchar con ímpetu renovado: hijos de Dios. Sí, realmente Dios es Dios de vivos.

El filósofo a veces se enreda en abstracciones. Con frecuencia se cumple aquello de que el ente en cuanto ente seca, y no digamos cuando uno topa con la lógica trascendental, con las diversas hermenéuticas, con tantos reduccionismos paralizantes, regresivos. Por lo demás, nuestra época es confusa, acaso desorientada. La tarea de filosofar en el presente requiere lucidez, cariñosa y paciente atención.

Monseñor Escrivá de Balaguer no fundó un sistema o una escuela de filosofía. Dedicó su vida a una tarea muy abierta, acogedora, que desemboca en la universalidad de la Santa Iglesia. Con ella se identificó y a ella ofrendó su muerte. Desde tal amplitud de espíritu se obtienen indicaciones precisas para cualquiera que se afane por saber. Me atrevería a esbozar unas cuantas:

Es necio regatear con la realidad, como si nuestra coyuntural capacidad de comprender pudiera ser un criterio de tasación definitivo.

La pretensión de gravitar en torno a sí mismo es causa de las complicaciones opacas. Es menester no quedarse corto; hay que caminar.

Sirvan estas líneas como expresión de cariño y homenaje.

LEONARDO POLO